turo; y como tal, trata principalmente de los problemas de la desmovilización, del empleo de la gente en la postguerra, de las obras públicas, de la rehabilitación en la postguerra, y de la expansión de la industria y de la agricultura. Prepara el camino para la solución de los problemas económicos fundamentales de nuestro tiempo: la manera de asegurar un empleo estable y unas condiciones de vida decentes para todos después de la guerra. Esto implica que, si se resuelve esta dificultad fundamenal, resultará cosa fácil el establecimiento de un sistema general de seguros sociales. Por otra parte, si tal problema no se resuelve, incluso los proyectos mejor planeados de seguro social están condenados al fracaso, pues una sana economía debe estar basada en la producción y el consumo de mercancías y servicios, y no podría sobrevivir sobre la base de una distribución de subsidios.

Para los tiempos que se avecinan, el Plan Beveridge y el Plan Norteamericano no pasan de ser proposiciones hechas por peritos y sometidas a las corporaciones políticas competentes para que las aprueben o desestimen, y puede transcurrir todavía mucho tiempo ante de que lleguen a tener efectividad. Pero solamente su aplicación, en una u otra forma, permitirá que nos acerquemos a una economía y una paz social duraderas. Mientras tanto, sus autores han trazado un camino en la espesa selva de inestabilidad económica que separa al hombre de uno de sus más viejos anhelos, como es la libertad económica, la liberación de la necesidad. Incumbe ahora a las democracias decidir cuándo y cómo quieren construir ese camino.

A.P.C.E.
SIG.: 1.2i/1520

1904 - 1941

Cuento –en dos fechas– del honor japonés

POR

CARLOS ESPLA

Presentación del doctor Couchoud

EL doctor Paul Louis Couchoud estuvo en el Japón en... Pero empecemos por el principio.

Al iniciarse el invierno de 1914, Anatole France se trasladó a la Béchellerie, finca señorial en la Turena. Allí pasó los años de guerra y algunos más. Ya no pesaba sobre él la tiranía protectora, apasionada y académica de *madame*, pero monsieur Bergeret, que saludó gallardamente, hasta muy cerca de la tumba, la lozanía de todas las primaveras, estaba prendido, por aquellos años, en los lazos discretos, suaves y domésticos de *mademoiselle*. Algunos amigos amenizaban con sus visitas las veladas de la Béchellerie: Robert Dell, el periodista liberal inglés, expulsado luego de Francia —acusado de pacifismo— por Clemenceau; Charles Rappoport, el viejo marxista ruso, profeta revolucionario, feo, sucio, bueno y sabio; Georges Courteline, sobre cuyo humorismo no había caído la gota corrosiva del escepticismo anatoliano, y quien creía en Francia como cree en la patria un *francés medio;* un letrado francés que repetía solemnemente todas las frases hechas y las tesis entusiastas de la propaganda aliada y que parecía algo escamado de asistir a aquellas reuniones frecuentadas por sospechosos pacifistas (hoy los hubiera tomado francamente por *quinta-columnistas*); Marcel le Goff, cuyo empleo castrense, en alguna función jurídica, le permitía asistir con frecuencia a la tertulia del Maestro y que dejó escrita la crónica de aquellas veladas en un libro fervoroso...

A veces desfilaban por la Béchellerie ciertos caballeros extravagantes acompañados de damas intrépidas, que ponían gran empeño en ver, sólo ver, al Maestro y llevarse de su mansión unas extrañas reliquias: trozos de papeles arrugados del cesto de papeles del escritorio; los coleccionistas señalaban luego el precio. Eran damas y caballeros norteamericanos que se quedaban mirando al escritor como un bicho raro, sin atreverse casi a decir más que:

—¡Oah!... ¡Yes!...

Monsieur Bergeret, sensible al candoroso homenaje, se prestaba amablemente a la singular exhibición y dedicaba frases corteses a sus porfiados visitantes, coleccionistas de fenómenos.

—Son unos niños —decía luego el *bicho raro*—. Nosotros ¡somos tan viejos! ¡Llevamos a cuestas tantos siglos de civilización!

(Años después, otro viajero norteamericano, más locuaz y menos respetuoso —Wendell L. Willkie—, en su visita durante esta otra guerra, habría de contemplar también como un bicho raro a otro francés famoso, aunque sin barbas blancas: Charles de Gaulle).

Cuando no se hablaba de la guerra o de la revolución mundial —que monsieur Bergeret se había comprometido a anhelar teóricamente como socialista militante, pero

que el autor de *Los Dioses tienen sed* temía prudentemente como burgués y académico— las conversaciones en la Béchellerie discurrían sobre temas casi siempre sublimes y transcendentales, aunque en ocasiones pícaros diablillos galos ponían la nota frívola de sus piruetas galantes en la solemnidad de la plática erudita. Se hablaba, por ejemplo, no ya de la existencia de Dios (grave cuestión que cierta vez fué resuelta negativamente, por mayoría de votos, en el Ateneo de Madrid), sino de la existencia de Jesús, de su realidad histórica. Todos los contertulios del Maestro habían leído, naturalmente, *El procurador de Judea*. Cuento delicioso: Poncio Pilatos, retirado ya de la política, pasa su temporada de baños —para cuidar el reuma— en tierras del sur —lugares italianos reservados hoy al dominio nominal de Poncio Badoglio—. Con algún amigo evoca el ex procurador de Judea sus pasadas andanzas administrativas. El amigo le habla de aquel agitador nazareno que fué condenado a morir en la cruz. Poncio Pilatos trata de hacer memoria:

—¿Jesús? ¿Jesús?... No recuerdo...

En la velada de la Béchellerie, Anatole France— sarcástico, volteriano, demoledor— insiste sobre un tema que le es grato:

—Jesús— dice suavemente— es un mito: no es un hombre que se hace Dios, sino un Dios que se hace hombre.

Y tras abrir generosamente la fuentecilla encantada de su erudición herética, añade el Maestro:

—Quien sabe mucho de esto es mi amigo el doctor Paul Louis Couchoud... Es un sabio, un gran escritor, ha publicado libros deliciosos... Algún día escribirá una obra asombrosa sobre este gran tema de la existencia histórica de Jesús... O quizá no escriba nada... Quiero decir que el doctor Couchoud pretende agotar el tema, leer todo lo que se ha escrito sobre el asunto en todos los idiomas, antiguos y modernos, conocer los lugares... Ha viajado mucho. En su biblioteca tiene miles de libros... Acaso la mucha documentación estorbe la creación de su propia obra... Renan no tenía a la mano para escribir su *Vida de Jesús* más que unos cuantos libros fundamentales... y esto le bastó para engañarnos *passablement*... Un día, vendrá el doctor Couchoud y le pediremos que nos hable sobre estos asuntos apasionantes.

El doctor Couchoud fué una tarde —y muchas más— a la Béchellerie y habló sobre el tema. Marcel le Goff recoge en su crónica de aquella tertulia las sabias palabras del amigo de Anatole France.

En 1932 publicó el doctor Couchoud su obra capital: *Jesus le Dieu fait homme*. Es el anti-Renan (De aquel Renan, visto en París, el año 1880, por el obispo de la *pequeña ciudad* de Azorín: "De pronto uno de mis compañeros me señaló un señor bajito, rechoncho, con la cara afeitada y que parecía un cura... ¡Era el Enemigo!... ¡Era el Enemigo!... Terrible... terrible... terrible...")

No por ser el anti-Renan, el doctor Couchoud le hubiera parecido menos *terrible*, menos *enemigo* al obispo de la *pequeña ciudad* de Azorín. Renan, como se sabe, humaniza la divinidad de Jesús; Couchoud deshumaniza la leyenda poética para descubrir la formación mítica del hombre, hecho luego Dios.

Anatole France no llegó a ver publicada la obra de su amigo. Sí llegó a leerla don Miguel de Unamuno. Unamuno fué amigo de Couchoud. Lo conoció durante su destierro en París.

—Es un hombre extraordinario —decía don Miguel—. Sabe mucho...

Lo realmente extraordinario era que don Miguel encontrase extraordinario a un sabio francés. "Sabe mucho." Don Miguel admiraba en Couchoud al hombre que sabía lo que muy pocos sabían. Pero le dolía el escepticismo anatoliano del doctor, la rigidez científica de su saber implacable. La poesía de los viejos mitos orientales —que formaba la vida espritual del sabio francés— no satisfacía el ansia mística del atormentado de Salamanca.

En aquel París del destierro unamuniano, "atiborrado todo él de historia, de vida

social y civil, y donde es casi imposible refugiarse en algún rincón anterior a la historia y que, por tanto, haya de sobrevivirla", don Miguel vivía "en una especie de celda cerca del Arco de la Estrella". Allí fué a encontrarlo P. L. Couchoud, a pedirle que le escribiese un *cahier* para la colección *Christianisme* que el erudito doctor dirigía, y fué el mismo P. L. Couchoud quien le sugirió el título de la obra: *La Agonía del Cristianismo*. "Es que conocía —escribió luego don Miguel— mi obra *Del sentimiento trágico de la vida*".

A.R.C.E.
SIG.

Mas ¿a cuento de qué viene todo esto? Pues bien a cuento... Trataba, simplemente, de hacer la presentación a los lectores del doctor Paul Louis Couchoud, médico, humanista, orientalista y escritor francés, cuyo testimonio reclama este cuento —en dos fechas— del honor japonés.

Un sabio francés en el Japón

En 1903 y 1904 realizó el doctor Couchoud un viaje de estudio por Asia. Visitó principalmente China y Japón. Iba a caza de epigramas líricos, de secretos orientales, de ocultas fuentes de arte y religión, de invisibles corrientes del espíritu, de himnos védicos, de lugares y paisajes ilustres, como el del país natal de Confucio.

Cuando Couchoud cazaba al vuelo un *haikai* sentíase feliz:

> Lago en calma;
> al ver el fondo del agua, vanidad
> del patito.
>
> Hierbas muertas;
> el zorro, cartero rural,
> pasó ya.

Estudios e impresiones de su viaje por Oriente fueron recogidos por Paul Louis Couchoud en un libro encantador: *Sages et poètes d'Asie*. Está dedicado: "A mon maître délicieux Anatole France."

Mas un sabio francés —aunque abstraído en vagas y flotantes seducciones del espíritu— debe siempre a Francia la aportación de sus observaciones temporales y políticas. El sabio francés trabaja siempre para ilustrar a su pueblo, pues de otra manera no valdría la pena de ser sabio, siendo francés.

A comienzos de 1904 se encontraba el doctor Couchoud en Tokio. Iba precisándose la amenaza de la guerra con Rusia. Abriendo un paréntesis en sus trascendentales estudios, el viajero escribió un diario para registrar sus observaciones sobre aquel pueblo en armas. Este diario forma el capítulo "Le Japon aux armes" del libro *Sages et poètes d'Asie*.

Couchoud parece olvidarse, ante el espectáculo bélico, de *sages et poètes* y se mezcla con el pueblo, lee periódicos del día y oye a políticos y militares. ¡Curiosa experiencia! Se trataba de saber si la vieja civilización oriental había asimilado convenientemente las enseñanzas de la civilización occidental, o, dicho en otra forma: si el Japón estaba ya en condiciones de matar más hombres, hundir más barcos, disparar más cañones, extender sobre la tierra más desolación y miseria que cualquier otro país civilizado. El Japón iba a debutar como gran potencia entre las grandes potencias modernas. El Japón se disponía a sostener su primera gran guerra. Iba, como quien dice, a ser presentado en sociedad. ¡Apasionante aventura para un pueblo viejo que pretende pasar por nuevo!

El Tokio de 1904 que nos describe Couchoud era bien distinto de la espléndida ciudad moderna que nos dan a conocer las fotografías recientes, con soberbios edificios, amplias avenidas y rascacielos frustrados, destinado todo ello, al parecer, a ser convertido en escombros por la aviación angloamericana. Si el Tokio moderno corriese, al fin, la misma suerte que Berlín, se demostraría perfectamente la absoluta solidaridad del *pacto de acero*. El Tokio de 1904 no estaba aún destruido. Simplemente, no estaba construido todavía. Era —realizando el sueño de Gedeón— una ciudad levantada en el campo: un inmenso villorrio que se extendía en torno de los fosos de un palacio desmesurado: una ciudad silvestre. La aglomeración humana —dos millones de habitantes— aun no se había urbanizado. Daba la

impresión del tránsito entre el hormiguero y la aldea. Couchoud no se atrevía a llamar calles a las calles. Creía más exacto llamarles caminos. Los núcleos de población que formaban la capital nipona se extendían por las colinas, entre árboles, llanuras y barrancos, junto al río y los canales, en torno de algún viejo templo.

El alumbrado público no era de gas ni eléctrico. Su instalación era humana; quiero decir que hacían de faroles los guardias, con una linterna de papel de colorines a la punta de un bambú. La vida era rural, inorgánica, casi al aire libre, como si la evolución darwiniana del japonés fuera todavía reciente. En los descampados que rodeaban al palacio se elevaban algunos edificios oficiales, primeras piedras anunciadoras de la ciudad moderna.

El doctor Couchoud comienza su diario de *francés medio* observador —en lo que se convierte, llegada la ocasión, un sabio francés— cuando la amenaza de la guerra le distrae ya de sus trabajos transcendentales. El *francés medio* toca pies en tierra. De su diario vamos a traducir los párrafos más importantes, las observaciones políticas más agudas, con algunas notas pintorescas. Con todo ello se adorna la primera fecha de este cuento del honor japonés, que, por fin, vamos a narrar.

1904 - Notas de un diario

La traducción es ésta:

"*Tokio, 6 de febrero de* 1904. Un decreto imperial, publicado esta mañana, mantiene bajo las armas el cupo de reserva del ejército del mar, que debía ser licenciado en plazo breve. Y lo que es más grave, y cuya publicación se ha prohibido a los periódicos: el cupo de reserva del ejército de tierra ha sido llamado a filas. La gente se agolpa alrededor de los cuarteles y aclama a los reservistas. Se cree próxima la declaración de guerra.

Desde hace seis meses los japoneses, poco informados por el Gobierno y excitados por la prensa, esperan la guerra día tras día. Tres hechos importantes marcan, en mi opinión, este período de espera: la suspensión de hecho de la Constitución parlamentaria, la exasperación cada vez mayor de la opinión pública y los estímulos cada vez más escandalosos de los ingleses y americanos que residen aquí.

El primero de diciembre fué disuelta la Asamblea, el mismo día que debía reunirse. El 28 de diciembre un decreto imperial autorizó al gobierno a emitir un empréstito de guerra sin consultar a las Cámaras. Estas dos medidas equivalen a una suspensión provisional del régimen parlamentario. Han sido recibidas sin protestas. El régimen parlamentario, mal aclimatado todavía en el Japón, carece hoy de popularidad. En esta hora grave, el gobierno efectivo del Japón no pertenece ni a las Cámaras, ni siquiera al Consejo oficial de ministros, sino al Consejo secreto de los *Genro* (Ancianos), formado por el marqués Ito, dos generales: Yagamata y Oyama, y dos financieros: Matsukata e Inué. Los periódicos japoneses dicen que todas las decisiones importantes son tomadas por este Consejo privado, presidido por el emperador. Es una transformación provisional, pero significativa, del régimen político en régimen de estado de sitio. Tal transformación no fué considerada necesaria durante las dos guerras con China. Si se llega ahora a la guerra, mientras ésta dure, no tendrá nada que hacer el Parlamento. Ni en las conversaciones ni en los periódicos se habla ya de él... Bajo la presidencia del emperador, el Consejo de los *Genro* gobernará como un Comité de Salud pública o, para emplear una comparación más justa en la historia japonesa, será un *Bakufu* (Consejo de campamento), análogo al de los shogun antes de la revolución de 1868. En esta hora de peligro, el Japón parece abandonar momentáneamente las innovaciones europeas: vuelve a su constitución histórica, a su viejo régimen militar, con la diferencia de que es el mismo Mikado, y no un *imperator* delegado suyo, quien ejerce el poder absoluto. ¿Qué consecuencias podrá tener esta situación provisional si la guerra se prolonga?

Unos sostienen que el régimen parlamentario ha fracasado en el Japón: otros, que todavía no ha dado sus frutos. La guerra con Rusia marcará, sin duda, una etapa en la evolución política del país.

El gobierno actual mantiene a la opinión en la ignorancia más completa de sus intenciones y acuerdos. Se ejerce una censura absoluta sobre todas las noticias relativas a operaciones militares... Mal informada, la opinión pública no se calma, sino que se exaspera. En tanto que el gobierno ha pasado en estos seis meses por períodos de vacilación y de espera, el ardor bélico del pueblo se ha ido inflamando cada vez más. De los periodistas y los profesores, se ha comunicado dicho ardor a los comerciantes obreros y a las mujeres. El mozo que arrastra mi cochecillo sueña fervorosamente con la conquista de Corea. Una señorita me dijo ayer que sus dos hermanos son soldados y que ella marcha como enfermera. Lo más popular en el Japón es la Cruz Roja. Todas las musmés quieren llevar la linda cofia de batista blanca. Sus hermanos, los soldaditos que vemos pasar por las calles, bien ceñidos y relucientes, van acalorados de alborozo. Ninguna otra guerra habrá sido deseada tan unánimemente; jamás habrá habido confianza más completa en la victoria. El gobierno, que podría indicar al país las dificultades de la guerra, se calla, y este silencio aumenta la confianza. Dato singular: los comerciantes son los más belicosos. Seguramente ven en la guerra un buen negocio. Ellos son quienes se incriben en las ligas nacionales, fundadas recientemente en todos los lugares del país, y quienes se distinguen más en los banquetes patrióticos. Han reunido hasta ahora, en una suscripción, dos millones de yens para la guerra. Junto a ellos hay que poner a los maestros y profesores que han sabido —como nadie hubiera podido hacerlo— convertir una pugna de intereses en guerra casi sagrada. El odio patriótico contra Rusia no es nuevo en el Japón. Cualquier niño japonés lleva clavada la espina de la cesión de Sakhalin en 1875, a cambio de un cordón de islas insignificantes. Sabe que los rusos han despojado al Japón de sus conquistas en China. Se habla frecuentemente de ese maestro que hacía marchar a sus discípulos sobre la nieve para acostumbrarlos al clima de los enemigos del Japón. Y ahora Rusia amenaza a Corea, el país conquistado dos veces por el Japón, el objeto de su ambición secular. Y esto en el momento en que el Japón es más fuerte que nunca, cuando sale victorioso de dos guerras, cuando posee los mayores acorazados del mundo. Todo esto es lo que piensan los japoneses y por eso quieren lanzarse inmediatamente a la guerra. Este pueblo carece de la educación de la derrota.

Mientras el gobierno se aisla casi en absoluto de la nación, la nación toma conciencia de su voluntad unánime, irresistible. A estas horas, aunque los japoneses obtuvieran por medio de la diplomacia todas las ventajas que ambicionan, sería una decepción para ellos. Quieren una guerra con una potencia europea para asombrar a Europa. Afirman que las concesiones que les hiciera Rusia serían pura perfidia... El Japón ha encargado dos nuevos acorazados en Inglaterra y acaba de hacer grandes compras de trigo en Norteamérica. Toma la cortesía comercial de sus proveedores por promesa efectiva de ayuda... Deseada casi abiertamente por los comerciantes hostiles a Rusia, querida apasionadamente por la nación japonesa y decidida —al parecer, hoy mismo— por un gobierno circunspecto y silencioso, la guerra es, con seguridad, inminente. La flota japonesa está concentrada entre Sasebo y Tsushima. Se acaba de saber con inquietud que la flota rusa ha zarpado de Port-Arthur con rumbo desconocido. Se esperan noticias.

8 *de febrero.*—Los periodistas están citados esta noche en el ministerio de Negocios extranjeros. El barón Komura les leerá una declaración. ¡Por fin! Desde hace ocho meses que espera una palabra oficial, es la primera vez que abre la boca un miembro del gobierno. Desde hace ocho meses los periódicos han ido haciéndose una opinión propia sin que el gobierno tratase de moderarla ni de ilustrarla... Cuanto más desde-

ñados se han visto los periodistas por los gobernantes, más se han exaltado. Así han excitado, alarmado y ensoberbecido al país. Rusia era un vecino molesto. Los periódicos han hecho de ella el Coco.

Cada día han salido los periódicos diciendo que Rusia sería más fácil de vencer que lo fué China. Y como este país no ha sufrido nunca la saludable experiencia de la desgracia, como jamás una carga de cosacos en su propia tierra ha hecho meditar a los campesinos, se ha creído lo que escribían los periodistas. Si esta noche se anuncia la guerra, será un triunfo para los periodistas: han trabajado todo lo posible para hacerla inevitable.

Las Cámaras sólo han tenido cinco minutos de existencia en diciembre último. La declaración del ministro será, pues, dada a los periodistas. Actualmente son los representantes del país. Esta declaración ha sido comunicada durante la jornada al cuerpo diplomático. Se dice que el día 6 quedaron rotas las negociaciones verbales con el barón de Rosen. Desde hace dos días los reservistas de las afueras afluyen a Tokio. A lo largo de los canales, cuadrillas de coolies construyen instalaciones provisionales para los caballos. Se cree que va a estallar la guerra.

A las nueve y media encuentro a un redactor del *Yomiuri*, que sale de Negocios Extranjeros. "—¿Se ha declarado la guerra? —No se sabe todavía. Nos han comunicado la ruptura de negociaciones." Y se marcha a toda prisa para escribir su artículo.

9 *de febrero.*—Los periódicos publican la declaración del ministerio. Nos enteramos al mismo tiempo del fin de las negociaciones y de lo que han sido éstas. El 12 de agosto último, el Japón reclamó un semiprotectorado en Corea, con el compromiso de respetar la libertad comercial y el reconocimiento en Manchuria de la soberanía china y la libertad de comercio. El 3 de octubre Rusia se negó a aceptar ningún compromiso sobre Manchuria y pidió al Japón que se comprometiese a no servirse de Corea con fines estratégicos. En todo caso, Rusia pedía el establecimiento de una zona neutral al norte de Corea y que el Japón reconociese que la Manchuria quedaba fuera de su esfera de intereses. Esta fué la proposición conocida con el nombre de Manchuria contra Corea. El Japón la rechazó, estimando que una Corea japonesa a medias estaría amenazada por una Manchuria completamente rusa. A partir de ese momento, no avanzaron ya las negociaciones. "El Japón, termina diciendo la declaración ministerial, "ha abandonado toda esperanza de conciliación."

En resumen, no se vé una razón imperiosa ni urgente de guerra... El motivo de la guerra es que el Japón cree que la ocasión le es favorable... Aunque el gobierno no anuncia la guerra, nadie se engaña sobre sus intenciones. Los diarios adoptan el tono de los grandes acontecimientos. Unos insisten en sus argumentos, otros exaltan su lirismo... El *Jiji* termina su artículo: "Si encuentra el escenario de un Trafalgar o de un Waterloo en Extremo Oriente, el Japón puede aspirar a ser la Inglaterra del Este"... En las tiendas se venden ya estampas de la futura victoria naval. Son de Gakko, el mejor dibujante... Se anuncia la creación de una sociedad para componer versos destinados a encantar y entusiasmar a los soldados... Por la estación del Sur llegan refugiados de Vladivostok, coolies y pobres mujeres. Cuentan que los rusos han hecho todos los esfuerzos posibles para retener allí a determinadas japonesas. Estas se han negado, como la heroína de Maupassant.

A las cinco de la tarde, *gogai* (noticia): dos barcos rusos han sido bloqueados por una escuadra japonesa en Chemulpo. Título: "Cogidos en una botella", reminiscencia evidente de Santiago de Cuba. ¿Ha empezado, pues, la guerra?

A las diez de la noche un toque de campanitas anuncia una noticia más grave: tres barcos rusos han sido torpedeados en Port-Arthur. Se ha entablado una batalla general.

10 *de febrero.*—Telegrama oficial de Chemulpo: tras una salida infortunada, bajo la amenaza del almirante Uryu de violar la neutralidad del puerto, el *Varyag* y el *Koreets*

se han hundido *suicidándose*. El telegrama oculta el número, poco honorable, de los buques de guerra japoneses. La noticia de Port-Arthur se ha confirmado, pero se ignora todavía el desarrollo de la batalla. Los europeos de aquí se indignan por esta agresión, sin declaración de guerra y en aguas neutrales.

Voy a visitar a un general japonés retirado, a quien tengo el honor de conocer, para saber lo que opina. Me recibe con estas palabras inesperadas:

—¿Qué me dice usted de esos oficiales rusos que no mueren en sus barcos? . . . (Comprendo que tiene metido en la cabeza el viejo código japonés del suicidio.)

—¿Está de acuerdo con el espíritu samurai atacar a Rusia sin prevenirla? —le pregunto.

—¿Por qué no?

Recordé entonces que en los dramas heroicos que representan en los teatros, la astucia y el ataque súbito son glorificados, lo mismo que el suicidio. Se mata, se muere; las palabras importan poco. Preveo en esta guerra grandes divergencias morales entre europeos y japoneses. No tenemos, unos y otros, el mismo concepto de lo noble y de lo innoble . . .

En el barrio de Kanda, los barberos anuncian que afeitarán a los militares a mitad de precio . . . La honorable corporación de los *cien quilos* ha pedido ser enviada en masa a la guerra . . . Otra solicitud más conmovedora: la de los presos que están próximos a cumplir condena. Como no pueden ser soldados, piden prestar servicio en las escalas inferiores de la policía. ¡Feliz país! Cuando la patria está en peligro, los ladrones se ofrecen para ser gendarmes . . .

11 *de febrero.*—El emperador ha lanzado esta noche su declaración de guerra; francamente, un poco tarde. A Rusia le han avisado ya los golpes que ha recibido.

No parece el momento más indicado para hablar de la brutalidad rusa. Pero el *Jiji* no se priva de hacerlo y escribe hoy: "Será natural que los rusos provoquen con actos inhumanos la magnanimidad de nuestros oficiales y soldados. Pero éstos sabrán contenerse y no hacer nada que sea contrario a las reglas universalmente reconocidas de la civilización y de la humanidad. En tanto que nuestros enemigos, despojados de su barniz de civilización, mostrarán al mundo su barbarie sin tapujos, nuestra moderación y nuestra humanidad atraerán todavía más, por contraste, la simpatía del mundo civilizado."

El *Asahi* cree que Rusia tardará en "implorar la paz"; "El hecho de que haya titubeado hasta ahora en hacer pública su derrota de Port-Arthur prueba su obstinada resolución." ¡Ironía! Rusia ha titubeado tan poco en "hacer pública su derrota" que el mismo Japón no se ha enterado hasta hoy, a las dos de la tarde, de los detalles de su victoria, merced al informe Alexeief transmitido desde París por el señor Motono.

Hoy es fiesta nacional, aniversario de la fundación del Imperio . . . El emperador ofrece un banquete diplomático; después recibirá a los miembros de la Orden de los Tesoros Sagrados. Estos tesoros, cuya posesión concede soberanía al emperador, son los siguientes: el Espejo de la divinidad del Sol, la Espada de la divinidad del Tifón y otra joya sagrada. Habrá también una representación de *Nó*: cinco dramas líricos con coros, orquesta y danzas.

Marcha del barón de Rosen, ministro de Rusia. Se ha enterado en el Japón de los desastres de su país. Le expresan simpatía. La Corte y los ministros se hacen representar en la despedida. Asisten varios príncipes y todos los ministros extranjeros, excepto los de Corea y la China. La emperatriz regala a la baronesa de Rosen magníficos presentes de lacas de oro y plata . . .

El Banco del Japón sólo tiene 100 millones de reserva oro. Para impedir la baja del yen, uno de los mejores oradores del Japón, el señor Sonoda, inicia una campaña en todo el país . . . Las geishas son las primeras en responder al llamamiento del señor Sonoda. Entregan sus sortijas, sus joyas y las cadenas de reloj de sus amigos . . .

Los japoneses pasan por ser poco creyentes. Pero se inquietan por saber si les serán favorables los dioses . . . El marqués Ito ha sido enviado hoy a los santuarios de Isé

a rogar solemnemente a los dioses... Las gentes del pueblo están satisfechas porque el zar no ha ido a rezar a Moscú. Por lo demás, no creen que el Dios de Moscú sea tan influyente como Amaterasu... Otro enviado del emperador ha anunciado la declaración de guerra a los manes de los Antepasados. En el templo de Kudan, elevado a los soldados muertos por la patria, ha leído en voz alta un mensaje, tomando a los muertos por testigos de que la causa por la cual van a morir los japoneses es justa...

Antes de ser nombrado Togo almirante en jefe por el emperador, había sido ya designado por el clamor popular, pues fué quien disparó el primer cañonazo en la guerra contra China.

13 *de febrero.*— ... Se está creando una leyenda: la del almirante Togo. ¡Togo! Estas dos sílabas están en todas las bocas.

—Togo —me dice un japonés— ¡Qué héroe! ¿Sabe usted lo que hizo en la guerra contra China? ¡Disparó contra los mismos japoneses! Le explicaré. El almirante japonés dudaba y los chinos no querían batirse. Entonces disparó Togo, los japoneses creyeron que eran los chinos y gracias a eso empezó la batalla...

17 de *febrero.*—Ayer llegaron a Yokosuka dos cruceros, *Nisshin* y *Kasuga*, construídos en Inglaterra, procedentes de Génova, con tripulación angloitaliana. Se dice que fué la marcha de estos buques lo que determinó el comienzo de la guerra. La tripulación debía desembarcar si la guerra era declarada. Tan pronto se supo que los cruceros habían salido de Singapur para la última etapa de su viaje, se inició bruscamente la guerra.

Ahora se examinan las circunstancias en que comenzó la guerra. Los japoneses parecen impresionados porque el zar ha denunciado la deslealtad de la agresión. "Semejante acusación —escribe el *Kakumin*— no es más, en el mejor caso, que la confesión por parte de Rusia de su triste falta de inteligencia y de agilidad mental. Formular tal recriminación después que el Japón ha informado expresamente a Rusia de que recobraba su libertad de acción, es demostrar una absoluta estupidez." El *Asahi* sostiene que la dignidad del zar queda comprometida en este impúdico intento de disfrazar la verdad sobre las negociaciones: "Rusia querría descargar sobre el Japón la responsabilidad de haber roto las negociaciones y de haber abierto las hostilidades, pero semejante afirmación es cobarde y necia. Es una maravilla de perfidia. El universo entero es testigo imparcial —y también lo es ese Dios al que tanto teme el zar— para juzgar de qué lado está el derecho y de cuál la injusticia." "La recriminación —escribe el *Jiji*— de que el Japón haya atacado a la escuada rusa sin avisar, cuando la noticia formal que anunciara nuesnuestra intención de recobrar nuestra libertad implicaba la realización de operaciones militares, si eran necesarias, tal recriminación es un acto de pura imbecilidad."

Pero las injurias no son razones. El mensaje del 5 de febrero sobre la libertad de acción no fué dirigido al ministro de Rusia. Fué un mensaje secreto a los ministros de la Guerra y de la Marina. No ha sido publicado hasta ayer, día 16, como pieza para justificarse. Las negociaciones oficiales duraron hasta el 6 de febrero, por la tarde. La ruptura verbal fué el día 6, a las dos y cuarenta minutos: la ruptura escrita, el día 7 por la mañana, según los diarios japoneses. Pero en la noche del 5 al 6, la escuadra había recibido la orden de ir contra Port-Arthur. Acto irreparable de hostilidad.

Los días 7 y 8 hubo probablemente negligencia grave por parte de Rusia. El 8 por la noche los faros estaban encendidos en Port-Arthur y los oficiales estaban en tierra. Pero no es menos cierto que el día 6 por la tarde, mientras se llamaba a Rosen para negociar todavía, el gobierno había lanzado ya la flota, sin tener medios de hacerla volver atrás. No es ya un ataque sin declaración de guerra y sin ultimátum, sino una agresión en plena negociación. Si el derecho de gentes se compone hasta hoy de costumbres y precedentes, reconozcamos que la costumbre es nueva, el precedente lamentable.

Amigos japoneses: vuestros excesos de lenguaje, que no son los habituales, demuestran que estáis algo avergonzados. No habéis jugado limpio. Habéis sido listos, pero feamente. Reconocedlo y cesad de proclamar que combatís por el derecho. De todas las importaciones inglesas, el *cant* es lo que peor os sienta".

Hasta ahí los pasajes picoteados, aquí y allá, en el diario japonés del doctor P. L. Couchoud. Despidámonos ya del sabio orientalista francés, amigo de Anatole France y de Unamuno. Cerremos la historia de 1904. Abramos, brevemente, la de 1941.

1941 - Un domingo en Washington

El día 7 de diciembre de 1941 era domingo. Sol tibio en el mediodía invernal. Washington —ciudad de funcionarios— rodeaba a esas horas los manteles familiares. Washington todavía era aquel domingo la capital de un país no beligerante. El presidente Roosevelt almorzaba, en mangas de camisa, en su estudio del segundo piso de la Casa Blanca, con su amigo Harry L. Hopkins. A su lado, *Fala*, perro dócil, cazaba en el aire un hueso, un trozo de carne... El presidente Roosevelt meditaba sobre la amenaza de guerra con el Japón. ¿Había esperanza de retrasarla, si no evitarla? En el mes de noviembre había llegado a Washington un *negociador especial* japonés, el honorable Kurusu. El 26 de noviembre el Departamento de Estado había comunicado al gobierno nipón una amplia proposición amistosa para asegurar la paz en Oriente. Tokio no había contestado aún. Pero la misma víspera de aquel domingo, el presidente Roosevelt había enviado al emperador Hirohito una suprema apelación para "disipar las negras brumas" en el Pacífico. Tampoco se tenía aún respuesta. ¿Confiaba todavía Roosevelt en la paz?

Una llamada telefónica interrumpió sus meditaciones. El Secretario de Marina, Frank Knox tenía que hacerle una comunicación urgente.

—Señor presidente: parece que los japoneses han atacado Pearl Harbor... Voy a leerle un mensaje...

El mensaje no era un parte oficial de las autoridades de la base de Honolulú, sino un despacho por radio del almirante de la Escuadra del Pacífico a todos los buques que se encontrasen en aguas próximas a Hawai. Decía así: "Raid aéreo contra Pearl Harbor. No se trata de un simulacro."

Cuando el presidente Roosevelt oía esta noticia eran exactamente la una y cuarenta y cinco minutos de la tarde del día 7 de diciembre (1).

En el Departamento de Marina, Frank Knox pidió comunicación telefónica con el Comandante del Distrito Naval hawaiano. Se estableció la comunicación. Frank Knox pudo oír en Washington, a través del auricular, el estampido de las bombas japonesas que hundían en la bahía de Hawai buques americanos desprevenidos y segaban vidas americanas. El ataque japonés había comenzado a la una y cinco minutos de la tarde.

Mientras tanto, el *negociador especial* Kurusu y el embajador japonés Nomura pedían ser recibidos por el Secretario de Estado. Los diplomáticos japoneses llegaron al Departamento de Estado a las dos y cinco minutos de la tarde, cuando ya llevaba una hora de duración el bombardeo de Pearl Harbor. Cordell Hull hizo esperar a sus visitantes un cuarto de hora. Los recibió a las dos y veinte minutos.

Los honorables diplomáticos manifestaron que tenían instrucciones de su gobierno de presentar a la una de la tarde la nota que llevaban en la mano, pero había sido lenta la labor de descifrarla.

—¿Por qué a la una? —preguntó el Secretario de Estado.

Los honorables diplomáticoss pudieron haber contestado: "Porque a la una y cinco habría comenzado la agresión contra Hawai." Pero los diplomáticos japoneses no suelen

---

(1) El horario citado en toda esta parte del artículo corresponde a la hora americana de Washington.

decir impertinencias. ¿Por qué a la una? Lo ignoraban. ¿Por qué ese curioso capricho del gobierno imperial?

Entregaron la nota. ¿Era, acaso, aunque tardía, una declaración de guerra? No: era, simplemente, una respuesta a la proposición norteamericana del 26 de noviembre. El Japón rechazaba, naturalmente, la proposición norteamericana. "El Gobierno del Japón —empezaba diciendo la nota —animado de un verdadero deseo de llegar a un amistoso acuerdo con el Gobierno de los Estados Unidos con objeto de que ambos países, por sus esfuerzos conjuntos, pudieran asegurar la paz en el área del Pacífico y con ello contribuir a la realización de la paz mundial..."

La nota era larga, muy larga. Hacía historia de las negociaciones e intentos para asegurar esa paz que tanto había deseado el Japón, a condición de que los Estados Unidos le dejaran cumplir su *misión en Asia*. Cada minuto que pasaba el Secretario de Estado leyendo la nota registraba un cierto número de soldados y marinos norteamericanos abrasados en Pearl Harbor, entre las llamas del petróleo, que flotaba ardiendo sobre el mar, escapado de los buques destruídos por las bombas japonesas. La nota terminaba acusando, como es natural, a los Estados Unidos de "conspirar con la Gran Bretaña y otros países para obstruir los esfuerzos que realizaba el Japón con el fin de establecer la paz mediante la creación de un nuevo orden en el Oriente asiático... El Gobierno del Japón —decía finalmente el documento— lamenta tener que notificar en consecuencia al Gobierno americano que, en vista de la actitud del Gobierno americano, no puede más que considerar imposible llegar a un acuerdo en posteriores negociaciones."

¿Ultimátum? ¿Declaración de guerra? No. Nada de eso. Sólo la imposibilidad de llegar a un acuerdo...

Cordell Hull pronunció entonces aquellas palabras que tampoco suelen ser corrientes en los diálogos diplomáticos:

—En mis cincuenta años de servicios al Estado, nunca he visto otro documento como éste, que esté tan lleno de infames y perversas falsedades, de tal calibre que jamás pensé que fuese capaz de suscribirlo un gobierno cualquiera.

Los honorables diplomáticos salieron del Departamento de Estado haciendo profundas reverencias, como corresponde a japoneses bien educados. Algunos periodistas ingenuos que los vieron llegar al hotel pudieron suponer que parecían muy consternados.

El Gran Cuartel General Imperial de Tokio anunció a las 4 de la tarde del mismo día (6 de la mañana del día 8, en Tokio) que "existía un estado de guerra entre el Japón y los Estados Unidos y entre el Japón y la Gran Bretaña". El bombardeo de Pearl Harbor llevaba ya tres horas justas.

Al día siguiente enviaba el presidente Roosevelt su famoso mensaje al Congreso de los Estados Unidos para declarar la guerra al Japón, que empezaba con estas palabras: "Ayer, 7 de diciembre de 1941, fecha que vivirá en la infamia..."

* * *

1904-1941. ¿Verdad que resulta interesante releer ahora aquellas páginas del diario del doctor Couchoud, sin cuya colaboración no hubiera podido yo componer este cuento —en dos fechas— del honor japonés? Del honor japonés, que, con el culto sinto y la tradición samurai, hacen de los honorables caballeros nipones verdaderos virtuosos de lo que llaman púdicamente "filosofía de la guerra no declarada".

Redactado en Dic. de 1943

A.P.C.E.
SIG.:

Cor. VICENTE GUARNER

COMENTARIOS A LA SITUACION MILITAR DE LA GUERRA

CONFERENCIAS INTERALIADAS

DIEZ conferencias interaliadas han tratado de poner a punto los grandes planes militares y políticos indispensables para el favorable desarrollo de la guerra actual.

En agosto de 1941, a bordo de un barco de guerra en el Atlántico del norte, se reunieron por primera vez el presidente Roosevelt y el *premier* Churchill. En el orden diplomático, esta conferencia dió como resultado la Carta del Atlántico. En el orden militar dejó detallada la futura colaboración anglonorteamericana, así como los principios generales estratégicos y básicos de la misma.

En diciembre de 1941, dos semanas después del ataque nipón a Pearl Harbor, se reunieron de nuevo en Washington los dos presidentes ante el nuevo acontecimiento provocado por la guerra entre los Estados Unidos y el Japón, que modificó en parte los planes estratégicos trazados en la conferencia anterior. Quedó acordado en la reunión dirigir primordialmente el esfuerzo principal de guerra contra Alemania.

En junio de 1942, se efectuó una entrevista entre los mismos presidentes en Washington. Los planes estratégicos para la batalla del Mediterráneo (desembarco en el norte de Africa y ofensiva sobre Túnez) fueron proyectados entonces con todo detalle por los estados mayores anglonorteamericanos, que acompañaban a los presidentes.

En agosto de 1942, el primer ministro Churchill se dirigió a Moscú para conferenciar con Stalin. La ofensiva aérea británica sobre Alemania, la acción aliada en el Mediterráneo y los proyectos acerca del segundo frente, fueron puestos en aquella ocasión en conocimiento del alto mando ruso. El plan de aprovisionamientos militares y generales para la URSS quedó allí completado.

En enero de 1943 tuvo lugar la gran reunión interalida de Casablanca que consolidó todos los planes estratégicos anglonorteamericanos. En el orden diplomático el acuerdo fundamental que se adoptó fué la exigencia para el eje de *rendición incondicional*.

Una nueva conferencia celebrada en Washington en mayo de 1943 entre Churchill, Roosevelt y sus Estados mayores combinó los planes militares detallados que dieron como resultado las invasiones de Sicilia e Italia para poner a ésta fuera de la guerra.

En agosto de 1943 se celebró la importante reunión de Quebec, de la que se derivaron otras conversaciones celebradas poco después en Washington. En ellas quedó planeada la posterior conferencia de Moscú y fueron puestos los jalones iniciales para los planes estratégicos del Pacífico, nombrándose a lord Mountbatten comandante jefe del teatro de la guerra en el Asia suroriental.

A fines de octubre último tuvo lugar la trascendental reunión en Moscú, de los cancilleres Hull, Eden y Molotov con el embajador chino Fu Ting Sheung. Los representantes militares, navales y aeronáuticos de las cuatro potencias se pusieron de acuerdo en esta ocasión en lo referente a los planes estratégicos generales para el desarrollo eficiente de la guerra. Los planes de rendición, de desarme, de armamentos en la postguerra, y de utilización en ella de las fuerzas militares fueron trazados en la reunión. La paz futura y la seguridad general y colectiva del mundo quedaron cimentadas en esta conferencia.

La que se ha celebrado en el Cairo entre los presidentes Chiang-Kai-Shek, Roosevelt y Churchill y sus numerosos consejeros civiles y nutridos estados mayores (201 miembros británicos, 100 americanos y 20 chinos) ha sido encaminada a planear en detalle la gue-